

Una invitación a inquietarnos

Jugando entre experiencias y reflexiones

Compiladorxs:
Sergio Andrade
Ayelén Branca
Constanza San Pedro



**Proyecto
Filosofar
con Niños**

Una invitación a inquietarnos

Jugando entre experiencias y reflexiones

Una invitación a inquietarnos

Jugando entre experiencias y reflexiones

Compilado por:

**Sergio Andrade, Ayelén Branca,
Constanza San Pedro**



**Proyecto
Filosofar
con Niños**

••
Secretaría de
Extensión

••
Área de
Publicaciones

ffyh
Facultad de Filosofía
y Humanidades | UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba

Una invitación a inquietarnos. Jugando entre experiencias y reflexiones / Sergio Andrade [et. al.]; compilado por Sergio Andrade, Ayelén Branca y Constanza San Pedro.-1 ed.- Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.. 332 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-950-33-1654-2

1. Filosofía para Niños. 2. Infancia. I. Andrade, Sergio II. Bompadre, José María, colab. III. Andrade, Sergio, ed. IV. Branca, Ayelén, ed. V. San Pedro, Constanza, ed. CDD 190

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y
Humanidades - UNC | Córdoba - Argentina - 1º Edición

Compiladorxs: Sergio Andrade, Ayelén Branca,
Constanza San Pedro.

Autorxs: Sergio Andrade, Ayelén Branca, Constanza San
Pedro, Matías Borrastero, Mariana Cruz, Alejo González,
Magalí Herranz, Julieta Jaimez y Sandra Lario.

Este libro se realizó a partir del subsidio RSPU N° 60-2021
con el aporte de la Escuela de Filosofía y la Secretaría de
Extensión de la FFyH de la UNC.

Agradecemos especialmente a José María Bompadre por su
acompañamiento y colaboración.

Diseño del Logo Filosofar con Niñxs: Nicolás Lepka

Diseño de tapa: Manuel Coll

Diagramación y diseño de interiores: Paz Santos Morón



Esta obra está bajo una Licencia Creative
Commons Atribución-NoComercial-
SinDerivadas 4.0 Internacional.

¿Infancias trans/cuir o lo trans/cuir de la infancia?

Mariana Cruz y Magali Herranz

En el presente trabajo nos detenemos a pensar los efectos que tienen en lxs niñxs los modos escolares de relacionarse con las categorías sexo-genéricas socialmente establecidas en nuestra cultura.

Esto implica, por un lado, preguntarnos cuál es el marco de reconocimiento vigente en torno a los cuerpos de las infancias escolarizadas, partiendo del tradicional binarismo genérico femenino-masculino –ligado erróneamente a la dimensión biológica del cuerpo-organismo (el sexo)–, para repensar los modos institucionalizados de hacer cuerpo. Esto significa que la escuela y lxs docentes tienen un rol primordial en lo que refiere a marcar pautas de comportamiento y parámetros de normalidad para lxs niñxs, contribuyendo a la cristalización de las nociones binarias de lo permitido en torno a lo sexo-genérico y a los roles que de allí se desprenden: hay una forma de ser niño y una forma de ser niña en nuestra sociedad. Sin embargo, es también posible, por ese mismo acceso primordial a los procesos de subjetivación de las infancias, que lxs docentes elijan –sean formadxs, se cuestionen y se repiensen a sí mismxs y su modo de ver a lxs niñxs– habilitar modos otrxs de habitar la escuela, creando espacios de exploración y expresión más libres que permitan a lxs niñxs experimentarse y descubrirse en el proceso mismo de estar siendo con otrxs.

Por otro lado, supone detenerse en la reflexión sobre la relación entre infancia e identidad. Se suele afirmar que la elección de identidad de sexo-género, cuando no coincide con la socialmente asignada al nacer, se produce con posterioridad al momento de la primera infancia, incluso luego de los primeros años de la escolaridad. Pero ¿qué supuestos en torno a la infancia se ponen en juego al afirmar que

lxs niñxs primero deben aprender lo correcto en torno a los modos de construir y habitar el propix cuerpx, para luego cuestionarlos cuando sean más grandes? ¿Qué lugar en la relación saber-poder se otorgan lxs adultxs con respecto a las infancias? ¿Por qué la identidad debería ser un descubrimiento para otro momento y no una construcción presente y en constante transformación acompañada por adultxs que habiliten ese proceso de manera autoconsciente y lúdica?

En este trabajo nos proponemos reflexionar sobre las infancias y la construcción/identificación de sexo-género. Partimos de concebir la infancia como el espacio-tiempo de lo cuir, donde la ficción de la identidad unívoca no se encuentra aún cristalizada en unos modos determinados de ser, donde, por lo tanto, lo trans es un rasgo central. Se trata de un proceso vital en el que está socialmente aceptado jugar a ser otrx, la osadía y la experimentación, aunque siempre dentro de unos marcos adultocentradxs de interpretación, a partir de los cuales se proyectan atributos a lxs niñxs de modo tal que puedan ser comprendidxs dentro de categorías previamente construidas de la feminidad y la masculinidad. Asimismo, en la escuela se busca formar a lxs niñxs según un criterio de pertenencia a estas categorías binarias, necesarias para lxs adultxs, para imprimir orden y pertenencia sobre lxs cuerpxs en relación a marcos de reconocimiento vigentes en un momento histórico determinado.

Lo que queremos destacar y tratar de comprender en este artículo es cómo inter-juega ese trans/cuir de la infancia con los límites propuestos desde lxs adultxs en la escuela. Qué consecuencias tiene ese conflicto entre un momento de plena agencia, de construcción de la identidad de lxs niñxs (irse haciendo cuerpx, sujetx, definiendo gustos) y la negación de su agencia a partir de la imposición de las normas (heteronormas, binarias, etc.) pertenecientes a los marcos normativos ortodoxos, reconocidos por lxs adultxs. Suponer la heteronorma y el binario como lo dado o natural, y la diversidad de género como lo devenido o construido consciente/racionalmente,

supone imponer la heteronomía como modo de construcción de nuestras propias identidades, en tanto no da lugar a la expresión presente de lxs sujetxs infantes durante su propio proceso.

Nos proponemos indagar sobre qué implica pensar la infancia como un espacio-tiempo cuir, qué lugar tiene esa reflexión en la escuela, qué posibilidades generamos lxs adultxs docentes de ese estar-siendo y qué corrimientos son posibles desde los marcos de reconocimiento vigentes en torno a la generización de los cuerpos. Este trabajo propone una invitación a repensarnos desde nuestras prácticas docentes en la escuela en relación con la construcción de cuerpxs y de infancias, haciendo especial énfasis en los efectos de subjetivación que dichas prácticas producen.

Identidad y acto: del *ser* al *hacer*

*Estoy en permanente conflicto con las
categorías de identidad, considerándolas como
topes invariables, y entendiéndolas, incluso
promoviéndolas, como sitios de conflicto necesario.
En realidad, si la categoría no fuera conflictiva,
dejaría de ser interesante para mí.*

Judith Butler

¿De qué hablamos cuando hablamos de identidad? ¿Se trata acaso de un conjunto de fenómenos nombrados por una categoría que produce otros fenómenos o del despliegue de un conjunto de características innatas? ¿En qué momento surge ese “nombrar” definitorio? ¿Quiénes son lxs encargadx de pronunciarlo y con qué objetivos? ¿Es necesario portar una identidad reconocible para participar del intercambio social? Nos encontramos en medio del juego entre lo que nos dan y lo que elegimos, en la tensión, la indefinición, la lucha. Incluso, ¿quién nombra, decide, determina, la identidad?

No resulta inocente el planteo de estos interrogantes en el marco de un artículo que se propone pensar los modos de ser y hacer infancias en las escuelas. Esto, en tanto entendemos que el modo en que se vive, consciente o inconscientemente, lo que implica la identidad tendrá efectos concretos en los modos en que nombramos, definimos, proponemos y trabajamos con las infancias.

Nos detendremos entonces en el tan necesario intento de desentramar algunos de los hilos de la categoría identidad, desde nuestra perspectiva. Contra la comprensión de la identidad como origen y causa de los comportamientos, pensaremos este concepto en tanto nombre que se otorga a una serie de características, actos, previamente tipificadas dentro del espectro –muchas veces dual– de lo normal/anormal, bueno/malo, y que provee herramientas para el disciplinamiento progresivo de las conductas dentro del marco de lo esperable. La identidad puede ser, de este modo, un intento de cristalizar la subjetividad dentro de lo reconocible y gobernable pero también puede erigirse en lugar estratégico de enunciación, desde el cual disputar los sentidos con los que se cargan los cuerpos. En palabras de Butler: “las categorías de identidad tienden a ser instrumentos de regímenes regulativos, ya sea como categorías normalizadoras de estructuras opresivas o como puntos de reunión para una disputa liberadora de esa misma opresión” (2000: 87-88).

Retomaremos, desde esta caracterización, a la identidad como espacio de conflicto necesario, como campo de batalla y de resignificación de los propios tránsitos por las instituciones. De lo contrario, esta categoría perdería su riqueza heurística, quedando reducida a un conjunto de mandatos invariables que sería necesario desechar.

¿Qué es el “yo”, ese pronombre de identidad que percibimos y nombramos en otrxs –e incluso en nosotrxs mismxs–? Entendemos, siguiendo a Butler (2000), que no es otra cosa que un juego vital e

inevitable, constitutivo. Esto significa que el fenómeno identitario es el producto de una serie de repeticiones que guardan aparente coherencia, que resultan indiferenciables unas de otras. Sin embargo, si para reconocer el “yo” de entre un conjunto de comportamientos que se suceden unos a otros, dependemos de la repetición de algunos elementos reconocibles a los que otorgamos una forma o un nombre –nena, varón, rebelde, egoísta, generosx, resulta claro que la identidad es producto, en constante movimiento, es regla y a la vez juego. Asimismo, cada repetición implica pequeños desplazamientos, corrimientos, mutaciones, en tanto ninguna conducta puede ser idéntica a la anterior, aunque la nombremos del mismo modo. En palabras de Butler:

Si el “yo” es el efecto de una cierta repetición que produce la apariencia de una continuidad y una coherencia, entonces no hay un “yo” que preceda al género al que dice representar. La repetición y su ausencia producen un conjunto de actuaciones que constituye e impugna la coherencia de este ‘yo’” (2000: 94-95)⁶⁸.

La complejidad inabarcable de la idea de identidad nos obliga a elegir aquellas dimensiones en las que nos interesa centrarnos para ahondar, discutir, repensar. En este sentido, queremos detenernos a reflexionar sobre la identidad o los procesos de identificación sexo-genéricos que tienen lugar en nuestra sociedad, y que toman como sujeto-objeto de intervención principal a las infancias. Esto implica no solo desandar los sentidos que se atan a los cuerpos y las subjetividades, y que los clasifican en uno de los polos duales nena-varón, heterosexual-homosexual, sino también dar cuenta de que el sexo-género es un sistema y que, como tal, no puede hablarse, trabajarse, transformarse uno de sus elementos sin que el otro (lxs otrxs) lo haga(n).

⁶⁸ Al tratarse de una de las primeras elaboraciones que la autora hace de estas ideas, aquí Butler habla de “género”. Sin embargo, en elaboraciones posteriores aclara que, al hablar de género, refiere al sistema sexo-genérico al que aludiremos a continuación (Butler, 2002).

Partir de este presupuesto conlleva la necesidad, en primera instancia, de discutir la idea identitaria que tenemos de nuestros cuerpos biológicos: en general estaríamos dispuestxs a aceptar que la dimensión “sexual”, considerada exclusivamente desde un punto de vista físico (gonadal, hormonal, cromosómica), de nuestro organismo se conserva inmodificada a lo largo de nuestras vidas. Sin embargo, tanto las hormonas como la definición gonado/genital puede ser modificada a lo largo del desarrollo, sea por medios “naturales” (el devenir del proceso físico) o tecnológicos (intervenciones quirúrgicas, hormonales). No solo en la adolescencia, en la que los cambios suelen ser reconocidos casi con exclusividad, sino desde la infancia y durante la adultez. Si bien estamos acostumbradxs a pensarnos desde dicotomías claramente definidas (sexó-género, natural-cultural, físico-psicológico), siguiendo a Fausto-Sterling es posible afirmar que al tratarse de un sistema indisolublemente imbricado no es posible que se produzcan modificaciones en uno de los elementos sin que lxs otrxs resulten también afectados. En palabras de la autora:

Nuestros cuerpos son demasiado complejos para proporcionarnos respuestas definidas sobre las diferencias sexuales. Cuanto más buscamos una base física simple para el sexo, más claro resulta que «sexo» no es una categoría puramente física. Las señales y funciones corporales que definimos como masculinas o femeninas están ya imbricadas en nuestras concepciones del género (Fausto-Sterling, 2006: 19).

Es decir que, aunque solemos pensar que nuestras posibilidades de elección y definición tienen que ver con el género, manteniéndose el sexo como una invariante ante la que no tenemos opción, las determinaciones en relación con el género implican asimismo modificaciones en lo sexual/físico/material. Por ejemplo, ciertos niveles de actividad deportiva generan modificaciones hormonales que detienen el proceso de menstruación hasta tanto se modifica esa actividad (meses, años), de modo que alteran la función de

gestación adjudicada al sexo femenino. También algunas condiciones fisiológicas (desde la perspectiva médica tipificadas como síndromes) pueden generar que en cierto momento del desarrollo las hormonas masculinas que todo cuerpo femenino también poseen (porque en realidad son hormonas que no solo cumplen funciones en relación con la determinación sexual, sino que aportan al desempeño de otras funciones orgánicas), favorezcan la aparición de gametas “masculinas”, dando lugar a un cuerpo intersexual pero que no necesariamente varía en cuanto a su identificación o performatividad de género (el modo en que alguien se reconoce, y cómo se muestra, respectivamente). Así se comprende cuando Fausto-Sterling afirma:

Solemos pensar en la anatomía como un invariante, pero no lo es; como tampoco lo son aquellos aspectos de la sexualidad humana derivados de nuestra estructura y función corporales, y de la propia imagen ante uno mismo y ante los demás (2006: 90).

Luego de estas consideraciones, resulta relevante volver al núcleo central que motiva el presente trabajo: ¿por qué detenerse en la discusión sobre la identidad para pensar las infancias específicamente en los procesos de identificación sexo-genéricos? ¿Qué potencialidades reconocemos en este espacio-tiempo que hace necesario repensar los juegos del “yo”?

El sistema sexo-género vigente se (re)produce como un continuo aprendizaje a partir de la interacción con otras personas, con el entorno cercano, pero también con la mirada y las palabras de desconocidos. En este marco, las pautas de vestimenta, comportamiento e intercambio con otras se tornan claras desde temprana edad a partir de las reacciones de sanción –positiva o negativa– que las otras muestran a partir de la propia conducta. A lo largo de toda nuestra vida, aprendemos a “hacer género”, a partir del modo en que otras evalúan nuestra vestimenta, movimientos, apariencia y conductas en respuesta a ciertas normas existentes:

Un crío que vista pantalones se ajustará a las normas sociales, mientras que si se pone una falda no lo hará. ¡Y enseguida se dará cuenta! Así pues, el género nunca es meramente individual, sino que implica interacciones entre grupos pequeños de gente (2006: 91).

Si bien estas pautas son señales presentes a lo largo de toda la vida, es en la infancia donde se reúne la mayor cantidad de esfuerzos institucionales por grabarlas en los cuerpos-subjetividades de lxs niñxs, siendo la familia y la escuela los espacios por excelencia donde se lleva adelante este aprendizaje. Aunque también podría señalarse que la institución médica tiene un rol preponderante en esta dimensión de la socialización, siendo lxs principales guardianes del binario. Observando el género, determinamos el sexo y actuamos sobre/en relación con las infancias a partir de esa percepción tomada como dato fehaciente: no vemos hormonas, cromosomas ni la gonado/genitalidad de lx otrx persona (incluso de nosotrxs mismxs); sin embargo nadie lleva adelante estos estudios para reaccionar respecto a otrx persona como si fuera perteneciente a determinado polo del sistema.

Y aquí es que cabe preguntarnos por el papel que jugamos lxs docentes en la reproducción de pautas sexo-genéricas que constriñen la posibilidad de expresiones identitarias que no respondan a uno de los polos pertenecientes a este sistema. En otras palabras: ¿damos lugar a la exploración de las diversas posibilidades que supone ser infantx previamente a generizar como niño o niña a lxs estudiantes? ¿Asumimos que a quienes son identificados como niños deben gustarles quienes identificamos como niñas, y viceversa? ¿Qué posibilidades de expresión encuentran en nuestras salas otras configuraciones deseantes?

Ser humanx implica participar de un espectro de posibilidades sexo-genéricas (entre otras dimensiones), aunque solo se reconozcan sus extremos, y consideramos necesario construir espacios de aprendizaje donde se permita la expresión de lo que lxs niñxs están

siendo en el momento presente, sin determinar que eso es lo que “son” de una vez y para siempre, ni dictarles determinadas configuraciones como las correctas o normales, frente a otras “desviadas”. En otras palabras, consideramos urgente que el trabajo sobre la identidad se encare como un proceso, siempre en movimiento, de modos de actuar variables, donde las voces de lxs niñxs sean claves. Ellxs deben poder enunciar quiénes están siendo (del modo en que todxs lo hacemos: parcial, precaria y momentáneamente). Nunca se es demasiadx pequeñx para expresar qué deseamos, necesitamos, sentimos. No es necesario llegar a la adultez para desandar los modos en que otrxs nos han nombrado a lo largo de la vida, para luchar contra lo que nos han dicho que somos, y darnos finalmente el lugar de plantearlo en términos de pregunta. Es tarea de todxs lxs educadorxs habilitar esa pregunta, tanto de su propia mirada sobre lxs niñxs, como de lxs niñxs entre sí, cada vez que surja la necesidad, tomando a nuestro cargo la tarea de explicitarnos –aunque sea a nosotrxs mismxs– los currículos ocultos que formaron, desde siempre, parte de la enseñanza, tornándose incluso en los pilares fundantes de la institución escolar.

Lo trans/cuir de la infancia

*hay algo ahí que es el primer des-abrazo desde
donde no hay retorno, y si hay retorno, posibilidad
de emparchar eso nos cuesta tiempo, vida. Y no
podemos condenar a una persona a que le cueste
vida y tiempo poder decir “Yo soy esto”, para andar
empoderada por el mundo.*

Marlene Wayar

Lo que presentamos en relación con las categorías de identidad y sexo-género tiene un lugar de impacto que exige nuestra reflexión especial en relación con las infancias. Estas han sido pensadas, luego atendidas y educadas desde los marcos adultocéntricos disponibles,

que las ponen en el lugar de lo que aún no es y que necesita de l_x adult_x/otr_x para llegar a ser, siempre en futuro, estableciéndose lo que ya es como lo deseable: normas, valores, costumbres vigentes. Sin embargo, se impone la urgencia de atender a la infancia desde nuevas miradas. Poder ver los conflictos, las potencias, las necesidades expresadas en un presente cargado de sentidos. Los modos específicos de ser en ese momento, sin pasarlos por el filtro de la presunta inmadurez a atravesar, propia de los modos (los miedos) adult_xs que articularon la imposibilidad de ver la movilidad propia de la infancia, la capacidad de rehacerse, determinarse, de hacerse con otr_xs y no contra otr_xs. En ese sentido, asumimos la imagen propuesta por Marlene Wayar:

La infancia me parece de una potencia inusitada. La infancia es el momento y el espacio adecuados y oportunos para la indagación, la transformación y la identificación. No es ya simplemente un espacio de construcción de una subjetividad en contraposición a una otredad y a esas dos ansiedades básicas (el miedo a la pérdida y el miedo al ataque) sino un espacio potente para construcción de una NOSOTREDAD, en el que no estamos permanentemente en guardia y con miedo a perder lo que tenemos o a ser víctimas de un ataque (2018: 18-19).

Esa potencia supone implicarnos a nosotr_xs mism_xs, revisar nuestras pugnas con el sexo-género asignado y pensar la propia adultez desde esas categorías, continuar sintiendo la posibilidad de revisarnos, de “infantilizarnos” en ese sentido. Reconocer la complejidad y movilidad de las formas adoptadas. Mantener la lupa atenta a los modos en los que no estamos más cómod_xs con las formas hasta ese momento adoptadas, y con los relatos de normalidad que sobre nuestros cuerpos se han dicho y se dicen. Solo desde ese movimiento de autoobservación, será posible para l_xs adult_xs ser docentes, sin preocuparse tanto por las respuestas como por las preguntas. Desde nuestra propia experiencia, y no desde la distancia que se toma frente a un objeto de estudio: es_xs niñ_xs también son lo que hemos sido, habitan en un mundo de normas que

lxs anteceden y moldean, que señalan la diferencia para encausarla en la identificación. Desde la claridad, asimismo, de sabernos no acabadxs, en constante construcción y des-identificación de lo que hemos sido.

Marlene Wayar define como travesti a toda práctica de sí, deseo, corporalidad o comportamiento de la infancia que ha tenido que ser escondido, desaprendido o eliminado por escapar de lo esperado, y nos invita a recuperarlo de nuestras historias, a volver sobre nuestros pasos para dar refugio a esx niñx que fuimos:

Yo quiero que puedan abordar lo **Trans en ustedes y lo comprendan desde un acercamiento implicado**. Nos observamos en nuestras infancias y vemos las violencias que cada quien padeció por el régimen heretosexista y adultocéntrico, aquello anhelado y aplastado, le prestamos voz y oídos a nuestra propia niña/o y todo aquello que vivió como falta, como pactos rotos entre el mundo adulto y esa infancia. Luego nos preguntamos: ¿qué de común hay entre cómo yo me soñé y un hombre o una mujer? (2018: 24).

El ejercicio radica entonces en preguntarnos “¿en dónde se ven interpeladas, interpelados, ese niño, esa niñita que han sido, y sus sueños? ¿Dónde está lo travesti que tiene que volver a defender, a abrazar a esa criatura, por eso travesti que perdieron?” (2018: 84). Buscamos recuperar lo trans de nuestras infancias, para desde esa nueva mirada, dar lugar a lo trans de las infancias que tenemos a nuestro cargo en las aulas. Solo mediante un comprometido trabajo sobre nosotrxs mismxs podremos dar lugar a lx otrx de lxs niñxs, morigerando el pánico adultocéntrico de lo que esxs niñxs deberían ser.

Ahora bien, ¿cómo pensar, nombrar, hacer (en términos de nuestra intervención en los procesos de subjetivación) nuevas infancias? En primera instancia, entendemos necesario reconocer que se trata de un terreno intensamente político, atravesado por diversas concepciones en pugna, en el que los cuerpos se vuelven blanco de diversas miradas e intervenciones. Resulta por tanto de vital importancia notar los

disciplinamientos que se activan desde nuestras propias palabras y el modo en que sancionamos el comportamiento de lxs niñxs en las aulas, partiendo de la individuación que se promueve como proceso de diferenciación de otrxs, contra esxs otrxs. ¿Es posible promover modos de subjetivación, configuraciones identitarias, que no estén basados en la oposición abismal entre mis características y las de otrxs personas, donde estas sean siempre el lugar de lo enemigo, que me pone en jaque, que amenaza con negar la afirmación “yo soy”? La apuesta a colectivizar la identidad, sin negar por ello el conflicto, tiene que ver con reconocernos en otrxs, y reconocer a esxs otrxs como parte, también, de unx mismx.

Como posibilidad, entonces, de nosotredad, de lo trans, como territorio de disputa y disciplinamientos en el sistema sexo-genérico, pero también como reflexión sobre el “ser adultxs”, la infancia nos devuelve continuamente a la identidad como problema, no como certeza. Y es en este sentido en que consideramos que se trata de un espacio-tiempo cuir. Al traer este concepto a colación, brota una serie de preguntas urgentes, en tanto sujetxs, pero también en tanto docentes: ¿qué marcas habitan nuestros cuerpos, qué gestos nos prescribieron un único modo de ser, un único polo del espectro sexo-género?, ¿qué políticas de la infancia se activaron en nuestro proceso de identificación y a qué reductos de memoria podemos retornar para defendernos? Y es que lo cuir nos obliga a desmarcarnos de lo ya dicho, a des-identificarnos de lo que otrxs dijeron de nosotrxs, pero también a buscar nuevos refugios, móviles, contingentes, en continuo desplazamiento desde los cuales nombrarnos. Contra el objetivismo heteropatriarcal y colonial, lo cuir nos invita a implicarnos en la tarea y el juego de estar siendo, con sus tensiones y contradicciones, como práctica situada. En palabras de val flores:

Queer/cuir refiere a la malla abierta de posibilidades, las lagunas, solapamientos, disonancias y resonancias, lapsos y excesos de significado que cuestionan la concepción binaria del género, la

heteronormatividad y las identidades, por lo que sus esfuerzos teóricos, analíticos y de acción, se dirigen hacia cualquier tipo de normatividad social (2013: 32).

¿Qué costo nos ha exigido la inscripción identitaria como adultxs? En el marco del sistema sexo-género, esta pregunta nos invita a desnaturalizar las sexualidades normalizadas, entendidas como únicas formas válidas y pensables. Nos llama a descreer de los regímenes de conocimiento e ignorancia que hacen a unas formas de estar-siendo válidas, mientras que invisibiliza a otras, las recluye al plano del ocultamiento, de lo que no debe decirse ni mostrarse, menos aún desearse. Debemos deshacernos de las pedagogías de la ignorancia por las que fuimos formadxs, reemplazándolas por la práctica cotidiana de nombrar(nos) identidades diversas y móviles, naturalizando la posibilidad de ser quienes estemos siendo.

En este marco, resulta relevante recuperar los aportes de val flores al afirmar que la heterosexualidad no es solo uno de los formatos que adquiere la sexualidad humana, ni una práctica sexual más, sino que se trata de un régimen político que institucionaliza una forma única y legítima de vivir el deseo y los placeres, regulando de este modo los usos del cuerpo (2016).

Desde esta perspectiva es que se habla de la heteronorma como aquel marco normativo que transforma al deseo heterosexual en lenguaje básico, en lo esperable, ideal y “natural”, de lo que sí se puede hablar y asumir al momento de interactuar con otrxs. ¿Cuántas veces hemos escuchado preguntar a niñxs percibidos como varones si les gusta alguna compañerita? ¿Cuántas veces abordamos situaciones de discriminación o extrañeza de lxs niñxs frente a algunx compañerx que dice gustar de unx niñx de su mismo sexo? ¿Alguna vez sorprendimos a unx niñx, compañerx docente, o a nosotrxs mismxs, cambiando nuestro trato hacia alguien una vez que ha nombrado otra forma de desear, no heterosexual?

Las normas que naturalizamos y reproducimos generan modos legítimos de habitar el cuerpo y las interacciones sociales (y, por ende, la escuela), y tienen efectos concretos en la afectividad, tanto de quienes pueden reconocerse incluidxs en la norma (en mayor o menor grado, ya que nadie nunca puede estar comprendidx del todo), como de aquellxs que desde temprana edad son marcadxs como lo diferente. Desde los gestos, las palabras, las mínimas sanciones del comportamiento no heteronormado, vamos diciéndoles a lxs niñxs que eso debe ocultarse, permanecer en silencio y, en lo posible, eliminarse; de lo contrario el castigo no se hará esperar: vergüenza, indiferencia, temor, asco, depresión, rechazo, etcétera. Y es el esfuerzo por ser parte, por pertenecer, que genera la reproducción y cristalización de los modos hegemónicos de ser y estar.

Sin embargo si partimos de considerar a las infancias como un espacio-tiempo cuir por excelencia, en tanto no se ha hecho carne –del todo– en esos cuerpos aún la heteronormatividad, podremos ver con mayor facilidad la lucha que conlleva amoldar el propio cuerpo y afectos a una norma que señala como posible un único modo de ser. Una única identidad, definida de una vez y para siempre. En este sentido, resultan relevantes dos consideraciones. En primer lugar, el marco regulatorio vigente no es lo natural, ni lo mejor, ni lo deseable en términos absolutos, es solo un instrumento mediante el cual podemos decodificar lo que nos rodea en los términos de lo existente, de lo ya conocido. Solo una herramienta para organizar la información que nos llega y que necesitamos comprender de alguna manera para poder reaccionar, interactuar, desplegar nuestra presencia de un modo seguro. El modo que quienes nos antecedieron han podido construir, pero se trata también de un marco en constante desplazamiento y, en tanto tal, es necesario preguntarnos por los nuevos espacios que queremos generar, los nuevos regímenes de conocimiento-poder que queremos propiciar. Y esto en tanto, en segundo lugar, el esfuerzo por pertenecer que llevan adelante

actualmente las infancias conlleva luego la lucha por la posibilidad de autodefinirse, deconstruirse, nombrarse y reivindicarse como punto de fuga de la heteronormatividad.

Las infancias nos devuelven una mirada de descentramiento y reflexión, y nos permiten preguntarnos con qué palabras nombramos a lxs niñxs, qué relatos de lo posible habilitamos para el desarrollo de las imágenes de sus futuros. Y esto implica entenderlxs como sujetxs de derecho, al decir de val flores, no solo en relación a un corpus jurídico sino “y especialmente, en la trama de prácticas y significaciones cotidianas” (2013). Es necesario garantizar, como docentes y adultxs, el derecho de las infancias a estar siendo, a ensayar modos propios de vincularse e identificarse, proponiendo la idea de la exploración de sí y del entorno como un contenido explícito y transversal, haciendo hincapié en que se trata de un sentir presente cargado de sentidos, y como tal puede ser modificado. Y resulta urgente, como funcionarixs, partícipes y habitantes de una institución pensada como normalizadora, y sumergidxs en un sistema que no ha sido pensado en su in-corporación, sino impuesto y vivido, que encontremos en ese mismo tránsito vital maneras de nombrarlo y desnudarlo en sus fundamentos para cumplir así nuestra tarea como docentes: reconocer lo cuir de las infancias y darle un espacio.

Registros autobiográficos en la escuela. Cuestionar la cristalización de las identidades

Queríamos celebrar nuestras infancias chonguitas, marcadas por la estigmatización, el rechazo, la hostilidad, pero también, y fundamentalmente, cargada de deseos. No buscábamos continuidades ni coherencias, sino relevar señales, huellas, rastros, marcas, cortes, cicatrices, pistas, residuos, vestigios, como un trabajo arqueológico de masculinidades no hegemónicas.

val flores y Fabi Tron

Trabajar desde las temáticas de la disidencia sexo-genérica los modos de habitar el mundo más allá de las normas en las que la escuela ha jugado históricamente un lugar determinante es en parte pensar formas para favorecer un punto de fuga a sus lógicas fundantes y ejecutadas por cada unx de quienes habitamos la escuela desde diferentes lugares. Nos interesa proponer una manera de hacer frente al lugar de disciplinamiento de la sexualidad a partir de la figura de lxs docentes. Entenderlx desde el lugar de habilitadorxs de un poder decir, expresar las formas propias, la singularidad de las sensaciones, expectativas y deseos que constituyen la experiencia de desarrollo de la infancia: de quienes pueden dar lugar al cambio que necesariamente ocurre en lxs sujetxs, de cuestionar ese fijismo de la identidad, mostrando que conjuntamente con el cuerpo y con el ser con otrxs, cambian las sensaciones, los deseos y las propias formas de leernos a nosotrxs mismxs.

La propuesta que queremos traer para el trabajo docente involucra la necesidad de revisar nuestras convicciones, nuestras maneras cristalizadas de trabajar en la escuela, de percibirnos sexo-genéricamente. Es decir, habilitar el revisarnos a nosotrxs mismxs desde nuestras formas de experimentar la sexualidad y la identidad en general desde la que nos aprendimos a ocultar las propias disidencias, lo trans/cuir en cada unx de nosotrxs. Todxs experimentamos necesariamente cosas (afectos, deseos, expectativas) que disputan con la norma. Intentamos aquí aprender a salirnos de ese ocultamiento como modelo de relación con lxs demás. Animarnos a cuestionar nuestra idea hecha cuerpo de que nos constituímos en alguien en la medida que con la adultez y a partir de la adolescencia podemos definirnos sexualmente.

Traemos como epígrafe un fragmento de Chonguitas, masculinidades de niñas, como ilustración de la propuesta de

incorporar a los trabajos de salas la escritura de biografías pensadas como registro de la propia singularidad. Como antecedente de esta propuesta, desde Filosofar con Niñxs hemos trabajado la auto-escritura de recuerdos de infancia con chicxs de 6to grado en diversas ocasiones, creando una apertura para pensar cómo los modos en que nos han nombrado impactan en la forma de ser niñxs.

De la misma manera en la que en Chonguitas se quiere celebrar infancias marcadas por la disidencia y el dedo acusador, estigmatizante del otrx (docente, familia, sí mismx), como un registro de las marcas en el cuerpo, de los residuos como registro de las masculinidades no hegemónicas, pensamos en trabajar desde la propia infancia en las salas con la autobiografía, como un espacio para atender a la propia forma –siempre provisoria– en que vamos siendo y registrarla; registrar lo efímero, los momentos o trazos, los modos de habitar(nos) y ser infantes como modo de abrir posibilidades para otras infancias, no solo de lxs niñxs sino también de lxs docentxs – que no solo tuvieron su propia infancia marcada por los límites que impone la norma, sino que siguen teniendo su espacio de creación, su infancia–. Ponerse en el juego, arriesgar también desde el lugar docente a trans-poner las barreras del rol presupuesto como la voz del saber, del decir cómo es y cómo se debe ser.

Al decir de Marlene Wayar, pensarnos como vehículos. “Si vos no sos vehículo, no estás siendo nada. Si no sos uno de los poros capilares para que por ahí circule, no estamos haciendo mucho por la institución. Estamos ayudando a la institucionalidad, ¿no? Que es aplastante” (2018: 90). En el Proyecto Filosofar con Niñxs, pensarnos como guías, coordinadorxs, articuladorxs de lo que se expresa, sin poner la mirada en el juicio moral sino en la habilitación, no solo de lxs niñxs sino de lxs docentes. Que la actividad misma de habilitar a lxs niñxs nos permita repensar y reconstruir nuestras propias imágenes de infancias, reconociendo, recordando modos en los que fuimos y que nos permiten jugar en el recuerdo con la infancia que

ahora nos habilitamos. Se trata también de una experiencia diferente de unx como docente en el espacio institucional, frente a la demanda de respuesta, poniendo la pregunta como prioridad.

En la medida que se piensa con otrxs, la propuesta de la autobiografía como registro toma el lugar de un espacio que puede favorecer la construcción de esa nosotredad de la que hablamos inicialmente, sin miedo a la reacción normalizante de lxs otrxs. Tendiente a la construcción de un espacio de libertad con otrxs, donde se pueda escribir y escuchar entrenando una escucha que aprende a salir del juicio para valorar la otredad que, lejos del tribunal de la razón, busca que lxs niñxs sean quienes se admiten en las propias formas, reconocen que todxs en su medida tienen sus particularidades que exceden la norma y aquellas que la reflejan. Registros que nos permitan ver y sentir en nosotrxs qué quería decir Marlene cuando enuncia “no soy hombre, no soy mujer, voy siendo travesti” (2018: 25).

No presentamos una propuesta metodológica con una forma definida, más bien buscamos definirla en la situación de cada institución y cada sala. Puede ser que ciertas ideas no se piensen para exponerlas o compartirlas, pero también admitimos la opción de que los registros que sí se desean compartir puedan quedar disponibles para la lectura de otras infancias en la biblioteca, como una caja de archivo para el acceso de desprevenidxs, curiosxs. Atendiendo a los proyectos de trabajo de cada escuela, puede ser objeto de trabajo en las salas, incluso entre chicxs de distintas edades, que se acompañen en los procesos de escritura, pero también que se compartan miradas sobre cómo están sintiendo sus infancias y cómo la están desplegando en el espacio mismo de la escuela, las posibilidades y límites que encuentran. Desde lo anónimo como opción, desde la imagen, lo fragmentario, lo colectivo, lo individual, lo que camina en los recreos, o habita un archivo de consulta. Partimos de entender la propia palabra de lxs chicxs como material de enseñanza y

aprendizaje, para unx mismx y otrxs. Las posibilidades, como se esboza aquí, son infinitas.

La idea es generar un dispositivo que permita una fuga de la normalización, un espacio de expresión entre pares, de la propia forma no normada que permita salirse del lugar del juzgar a lxs otrxs, en la medida que permite que nos salgamos nosotrxs mismxs desde el juzgarnos y que da lugar a la expresión propia. La potencia de la escritura en la infancia, con otrxs, desde la expectativa de la expresión y no de la valoración o evaluación, es que se pueda generar un dispositivo (ojalá que entre otrxs) que evite el tener que desandar los dolores, las huellas del maltrato que se graban en los cuerpos señalados como diferentes. Lograr que en lugar de des-andarse en la adultez, las infancias puedan andarse en las formas que a cada momento les habiliten los encuentros con otrxs en la escuela. Nos interesa destacar la necesidad de transformar estas propuestas en contenido curricular (atendiendo en cada caso, si corresponde, un marco evaluativo y cuál), de modo tal que se pueda dar el lugar de importancia que tiene el trabajo sobre sí, creando nuevos itinerarios en los márgenes del saber normalizador.

Referencias bibliográficas

BUTLER, J. (2000) "Imitación e insubordinación de género" en Allouch, J. et al (2000) *Grafías de Eros Historia: género e identidades sexuales*, Buenos Aires: Edelp EDICIONES DE LA ECOLE LACANIENNE DE PSYCHANALYSE, pp. 87-113.

<http://kolectivoporoto.cl/wp-content/uploads/2015/11/Levi-Strauss-Butler-y-Otros-Grafias-de-Eros.-Historia-g%C3%A9nero-e-identidades-sexuales.pdf>

BUTLER, J. (2002) *Cuerpos que importan*. Buenos Aires: Paidós.

BUTLER, J. (2010) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. España: Paidós.

FAUSTO-STERLING, A. (2006) *Cuerpos sexuados La política de género y la construcción de la sexualidad*. Traducción de Ambrosio García Leal. Barcelona: Melusina.

FLORES, V. (2013) *interrupciones. Ensayos de poética activista: Escritura, política, educación*. Neuquén: La Mondonga dark.

FLORES, V. (2016) *Afectos, pedagogías, infancias y heteronormatividad. Reflexiones sobre el daño*. Córdoba: Bocavulvaria Ediciones.

TRON, F. y FLORES, V. (Comps.) (2013b) *Chonguitas: masculinidades de niñas*. Neuquén: La Mondonga dark.

WAYAR, M. (2018) *Travesti. Una teoría lo suficientemente buena*. Buenos Aires: Muchas nueces ediciones.